

Alejandro Farnesio, ya duque propietario de Parma y de Plasencia por muerte de su padre Octavio, pidió permiso al rey don Felipe para retirarse a Italia a cuidar de sus estados y de sus hijos. No le dió el rey ni podía darle su venia en tales circunstancias, y el duque prosiguió en Flandes. A poco de haber partido el de Leicester a Inglaterra, entregaron Ricardo Yorek y William Stanley a los españoles las fortalezas vecinas a Zutphen que aquel les había dejado encomendadas. Acabó este golpe de indignar a los flamencos contra el desatentado gobierno del inglés, y en la asamblea general de los estados (6 de febrero, 1587) confirieron el poder de gobernador y capitán general a Mauricio de Nassau, bien que declarando, declaración ni comprensible ni satisfactoria, que no era su ánimo despojar al de Leicester de la autoridad soberana de que le habían investido. La reina Isabel, combatida y fatigada de una parte por las quejas y graves acusaciones que diariamente le dirigian los flamencos contra su favorito, de otra por los esfuerzos que hacían el de Leicester y sus partidarios para persuadirle que era una conjuración de aquellos magnates, que ni sabían gobernarse a sí mismos ni sufrían que los gobernara otro, determinó a enviar a Flandes al lord Buckhurst, uno de sus mas prudentes consejeros, para que averiguase lo que hubiera de verdad en tan opuestos informes. El régio comisario se convenció de que eran sobradamente fundadas las quejas de las provincias, y sobrado ciertos los agravios que habían recibido del conde, y así se lo manifestó con lealtad a su reina. Pero en el corazón de Isabel prevaleció sobre la justicia y la verdad el amor del favorito, y descargó sobre el lord la indignación que merecía el de Leicester, y decretó su prisión, y trató al leal informante como hubiera debido tratar al verdadero criminal.

Habría Alejandro aprovechádose mas de las disidencias entre flamencos é ingleses, si las provincias que él dominaba se hubieran hallado menos castigadas del hambre y de la epidemia, dos plagas que, además de la guerra, las estaban consumiendo. Así con todo, propúsose conquistar a Ostende y la Esclusa, las únicas ciudades importantes de la provincia de Flandes que le faltaba reducir. Envió primeramente a Altaeppe y al marqués del Vasto con un cuerpo de tropas a la Esclusa, así llamada por serlo de los cinco puertos que tiene la provincia de Flandes; plaza que por su singular posición era tenida y mirada como inconquistable. Apresuráronse no obstante a socorrerla el príncipe Mauricio y el conde de Holak, mas sin desalentarse por eso procedió el de Parma a poner en derredor su campo (mayo, 1587). No referiremos nosotros los pormenores de este laboriosísimo sitio (que el lector puede ver en las historias especiales de estas famosas guerras), del cual dijo Alejandro al rey que le había costado mas trabajo que otro alguno, lo que se nos antojara increíble despues del maravilloso asedio de Amberes, si de ello no certificara autoridad tan incontestable. Tales y tan grandes fueron las obras que en agua y en tierra hubo que construir, los fuertes y reductos que hubo que defender y expugnar, la resistencia que hubo que vencer, los combates que fué necesario sustentar.

Durante este sitio envió otra vez la reina de Inglaterra al de Leicester con nuevos refuerzos de tropas. Reunidos en Flesinga el general inglés y el príncipe Mauricio, fueron al socorro de la Esclusa con gruesa armada y con seis mil hombres de guerra. Pero hallaron tan perfectamente cerrado el canal por industria de Alejandro, que teniendo por imposible forzarle, enderezaron su rumbo a Ostende para llevar por tierra el socorro. Rechazado tambien allí Leicester por el de Parma, volvióse a Holanda, mostrando una cobardía indigna de la gente que había ido a mandar (julio, 1587). Ultimamente, despues de una valerosísima resistencia, reducidos los defensores de la Esclusa a poco mas de seiscientos de dos mil que eran, rindieron la ciudad al de Parma con condiciones bastante honrosas, no sin que costara a Alejandro aquel cerco tanto como las conquistas de Nus, de Venlío y de Grave juntas. La ciudad de Güeldres fué entregada tambien a Alejandro por el coronel escocés que la defendía, y en todo lo que despues intentó el de Leicester en Brabant estuvo tan desgraciado como en las empresas anteriores.

La pérdida de la Esclusa, la flojedad y poca inteligencia del

de Leicester en las operaciones militares, las noticias que se tuvieron de sus maquinaciones para alzarse con toda la autoridad de los Estados, el proceder torcido de antes y la conducta simulada y artera de ahora, acabó de conceitar contra él la enemiga y el odio de los barones y magnates flamencos. Habíase no obstante, captado el conde inglés, con cierta hipócrita devoción, gran partido con el clero protestante, el cual tomó abiertamente su defensa; con cuyo motivo recrecieron las discordias intestinas en Flandes, entre Leicester y el clero y parte del pueblo de un lado, los caudillos, magistrados y magnates de otro; las mutuas recriminaciones, las acusaciones reciprocas, las conjuraciones y los tumultos. Al fin, llamado por la reina el de Leicester, y convencido él de la imposibilidad de ver realizadas sus aspiraciones, tomó el partido de volverse a Inglaterra (diciembre, 1587), y a poco tiempo la reina Isabel, ó penetrada de la injusticia y de la incapacidad de su privado, ó por temor ya a la tempestad que veía levantarse en España contra su reino, le exigió que hiciese dimisión del gobierno de las provincias flamencas, en las cuales había dejado encendido para mucho tiempo el fuego de las discordias.

De esta suerte, los tres gobernadores extranjeros que las provincias rebeldes de Flandes habían llamado para que las ayudaran a sacudir la dominación de España, todos salieron mas ó menos agraviados y mas ó menos aborrecidos, dejándolas mas divididas, mas desacordes y mas enflaquecidas que habían estado antes. Así salió el archiduque de Austria, Matías; así el francés duque de Alençon; así el inglés conde de Leicester. Testimonio visible, sobre otros muchos de parecida índole que hemos hecho notar en nuestra historia, de cuán fatales suelen ser a los pueblos estos auxiliares extraños, y de cuán cautos deben ser en invocar extranjerías armas y principes para dirimir sus civiles discordias.

CAPITULO XIX

INGLATERRA

La armada Invencible

DE 1588 Á 1590

Justas quejas de Felipe II contra la reina de Inglaterra.—Depredaciones del Drake.—Suplicio de la reina María Stuard.—Protección de Isabel a los rebeldes flamencos.—Medita Felipe una invasión en Inglaterra.—Simuladas negociaciones de concordia.—Inmensos aprestos de guerra por parte de España.—Reunión de tercios en Flandes.—Generales de mar y tierra: el marqués de Santa Cruz; Alejandro Farnesio, duque de Parma.—Procura Felipe II encubrir sus intentos.—Previénesse la reina de Inglaterra.—Armada y ejército inglés.—Muerte del marqués de Santa Cruz.—Reemplázale el duque de Medinasionia.—Sale la armada *Invencible* del puerto de Lisboa.—Avista la armada inglesa en Plymouth.—Por qué no la acomete.—Causas que impidieron a Farnesio concurrir con el ejército de Flandes.—Sobresalto de la armada española.—Navíos ardientes.—Determinación precipitada.—Furioso temporal.—Lastimosa catástrofe de la grande armada.—Regreso desastroso del duque de Medina.—Serenidad del rey.—Discúrrrese sobre las causas de este infortunio.—Desfavorables juicios que se hicieron del duque de Parma.—Justificase de ellos.—Regresa a Flandes.—Continúa allí la guerra.—Toma algunas plazas.—Enferma.—Amotínase uno de los viejos tercios.—Castigo riguroso.—Piérdese Breda.—Destínase a Alejandro Farnesio a hacer la guerra en Francia.

Pensar que Felipe II de España habría de sufrir con paciente resignación los muchos y antiguos agravios, los muchos y recientes ultrajes que había recibido de la reina Isabel de Inglaterra, hubiera sido desconocer enteramente el corazón humano, y mas el corazón de los reyes, y mucho mas el del que ocupaba el trono de España en aquel tiempo.

Sobrado motivo era ya en aquella época la diferencia de religión entre los dos soberanos, la protección mas ó menos disimulada ó abierta que la reina Isabel daba a los súbditos protestantes de Felipe II, el favor mas ó menos encubierto ó desembozado que Felipe dispensaba a los súbditos católicos de la reina de Inglaterra, para que no hubiera nunca buen acuerdo, y si continuos temores de rompimiento entre los dos monarcas. Pero a los desacuerdos y diferencias religiosas, en que tal vez pudieran hacerse reciprocos cargos, se agregaban otras verdaderas ofensas en asuntos de otra índole que Isabel

había hecho al antiguo esposo de su hermana María, prevaleciendo de lo embargadas que tenían siempre la atención y las fuerzas de Felipe tantas y tan grandes guerras y empresas en África, en Europa y en el Nuevo Mundo. Ella se había apoderado, como el lector recordará, del dinero de algunas naves españolas, y su negativa al reintegro estuvo ya cerca de producir una guerra y fué objeto de repetidas reclamaciones y de negociaciones largas y enojosas.

Ella había protegido las piraterías del famoso aventurero inglés Francisco Drake y de otros famosos corsarios en el Nuevo Mundo; y las depredaciones que este corsario había hecho a los navíos españoles en los mares de Occidente, y el fruto de sus rapiñas en las posesiones de la América española, con ella las había partido.

La dura y cruel tenacidad con que Isabel persiguió a la bella y desgraciada reina de Escocia María Stuard, por quien Felipe II mostró siempre tanto interés y solicitud, entre otras muchas razones, por ser católica, y con quien proyectó casar a su hijo el príncipe Carlos; la larga prisión, los padecimientos y amarguras que la hija del cruel Enrique VIII hizo sufrir a la desventurada hija de Jacobo V, eclipsando con los miserables celos y venganzas de mujer sus grandes prendas de reina; el proceso incompetente que le hizo formar, y por último, la sentencia de decapitación, y el infame deleite de ver llevar una reina al suplicio y entregar al verdugo aquella cabeza en otro tiempo orlada de diadema como la suya; toda la conducta de Isabel con María Stuard en su larga tragedia de diez y ocho años, había dado a Felipe II, como monarca y como protector general del catolicismo, abundantes motivos de desabrimiento y de enojo con la reina de Inglaterra.

Finalmente, para no detenernos en multitud de otras causas menos graves de desacuerdo entre ambos reyes en sus dos largos reinados, tales como los proyectos de enlace de don Juan de Austria, ya con María de Escocia, ya con Isabel de Inglaterra; los auxilios prestados a don Antonio de Portugal; los que continuamente había estado suministrando a los rebeldes de Flandes; la publicidad con que había agasajado al duque de Alençon y dádole sus naves y sus soldados; y sobre todo la alianza solemnizada ya por un tratado formal con los protestantes flamencos, y el envío del de Leicester y su manifiesto protectorado de las provincias insurrectas, constituían un conjunto de causas cada una de las cuales hubiera bastado por sí sola para provocar las iras del monarca español (1).

Y sin embargo, Felipe aun no había roto hostilidades con la reina de Inglaterra. Disimulaba y se prevenía meditando un golpe grande y decisivo sobre aquel reino, con el cual vengara de una vez todos sus agravios. Pero Isabel, a quien ni sobra inocencia para poder estar tranquila y contarse segura, ni faltaba talento y sagacidad para penetrar las intenciones del español y sospechar el objeto de sus silenciosos preparativos, había mostrado muy inclinada y dispuesta a que se acabase por un tratado de paz la antigua guerra de los Países Bajos, a los cuales en verdad no de muy buena gana había ella dado últimamente aquella protección que tanto la comprometía. Habían abierto estos tratos, hablando a los per-

(1) Sería prolijo enumerar las quejas que recíprocamente se habían dado el rey de España y la reina de Inglaterra casi desde el principio de su reinado sobre multitud de asuntos que hoy llamaríamos internacionales, según lo que arroja la larga correspondencia que hemos leído, de los embajadores de España en Londres Guzman de Silva, don Guerau de Espés, don Bernardino de Mendoza, los gobernadores de Flandes duque de Alba, Requesens, don Juan de Austria y Alejandro Farnesio, y las cartas é instrucciones de Felipe II y de sus secretarios, de los embajadores de Francia, etc.

El entendido archivero de Simancas don Tomás Gonzalez escribió con el título de Apuntamientos para la historia de Felipe II una especie de resumen histórico de las relaciones diplomáticas de Felipe con la reina Isabel de Inglaterra, formado con presencia de la correspondencia original de dicha época, el cual abraza desde el año 1558 hasta 1576, y se halla en el tomo VII de las Memorias de la Real Academia de la Historia. Puede consultarse con utilidad el que deseé mas pormenores sobre este asunto, no obstante que este apreciable trabajo podría todavía enriquecerse con las noticias que arrojan otros muchos documentos que en él no se mencionan y que existen en el mismo archivo.

sonajes mas influyentes de una y otra parte, dos ricos comerciantes, genovés el uno y flamenco el otro, establecidos el primero en Londres y el segundo en Amberes. Intervino despues en ellos, a indicación de Isabel, el rey de Dinamarca Federico II, a cuyo fin envió un embajador a Alejandro Farnesio. La buena acogida que pareció haber dispensado este al enviado y a las proposiciones de tan alto medianero, así como las disposiciones que había manifestado a los dos comerciantes, animaron a Isabel a escribir ella misma al de Parma, invitándole ya a señalar el punto en que pudieran tenerse las pláticas para la concordia. El de Parma con mucha hidalguía contestó dejando a la reina la elección del lugar en que hubieran de juntarse los comisarios tratadores. Designóse en efecto provisionalmente un campo entre Ostende y Nieuport, donde acudieron los legados de Isabel y los de Farnesio, y alojáronse en tiendas soberbiamente adornadas, en medio de las cuales se levantaba un ancho y majestuoso pabellón, donde habían de celebrarse las conferencias (2).

De la poca sinceridad con que bajo tan aparentes deseos de concordia se negociaba la pacificación, deponía de una parte la expedición devastadora del Drake a Cádiz, de otra el sitio y toma de la Esclusa por Farnesio, ejecutado todo pendientes ya los tratos de paz. Del suceso de la Esclusa hemos hablado ya en el anterior capítulo. El de la expedición del Drake fué el siguiente. So pretexto de explorar los preparativos navales que se hacían en los puertos de España, fué enviado el Drake desde Plymouth a las costas españolas. El audaz corsario se dirigió a Cádiz, sorprendió, destruyó é incendió la flota que se hallaba anclada en la bahía, compuesta de navíos de guerra y de bajeles mercantes, algunos de ellos que acababan de arribar con cargamento, otros aparejados para partir a la India. De allí corrió la costa de Portugal, insultó en las aguas del Tajo al almirante español, marqués de Santa Cruz, y cuando el terrible depredador volvió a Inglaterra, fué muy bien recibido por los ingleses.

Pero de uno y otro hecho procuraban justificarse mutuamente Isabel y Alejandro, inculpando aquella al Drake, prometiéndole su castigo por haber excedido, decía, sus instrucciones, y declinando este su responsabilidad en los excesos y provocaciones de los mismos defensores de la Esclusa. Los tratos, pues, prosiguieron, y para las conferencias ulteriores se señaló Bourbourg, lugar cerca de Calais, donde se trasladaron los negociadores (mayo, 1588). Desde luego se pudo calcular que los coloquios no habían de ser breves; interesaba a Felipe II alargarlos, y así se lo había encargado a Farnesio. Pedían los ingleses que se renovara la antigua alianza entre la Inglaterra y la casa de Borgoña; que se retiraran las milicias extranjeras de los Países Bajos, y que se dejara a los flamencos al menos por dos años la libertad de conciencia. No era posible que accedieran a estas peticiones los españoles, los cuales propusieron otras condiciones por su parte, y en réplicas de unos y de otros se invertía el tiempo.

Pero en tanto que así se aparentaba tratar de paz, Felipe, primeramente con disimulo, despues con la irremediable publicidad, había estado haciendo inmensos aprestos de guerra. Y mientras Alejandro, de acuerdo con el rey y en conformidad a sus instrucciones confidenciales, reclutaba cuerpos auxiliares en Alemania y apercibía los tercios de Italia y de Flandes, Felipe había hecho aparejar multitud de naves en los puertos de Flandes, de España y de Portugal. Nunca se había visto ni mas actividad ni preparativos mas gigantescos. El papa Sixto V le estimulaba a realizar cuanto antes una empresa de que él esperaba la restauración de la autoridad pontificia en Inglaterra, y prometió ayudar a sus gastos con un millón de escudos de oro. Consultados por el rey sus generales, ingenieros y ministros a dónde convenría llevar primeramente la guerra, unos fueron de opinion que se acometiera primero a Irlanda; otros a Escocia; el secretario Juan de Idiaquez le expuso los inconvenientes y peligros de romper abiertamente

(2) Los comisarios de la reina de Inglaterra eran, el conde de Derby, lord Cobham, sir James Croft, y Dule y Rogers, doctores en derecho civil: los del rey de España, el conde de Aremburg, Perrenotte, Richardot, y Mas y Garnier.